

CORREO DE MADRID

DEL MIERCOLES 10 DE MARZO DE 1790.

FILOSOFOS CHIMICOS.

PARACELSO.

No hay ciencia que haya picado tanto la curiosidad de los hombres como la Química. Como tiene por objeto el conocimiento de los principios de todos los cuerpos por medio del analisis y de las combinaciones, han juzgado que debian descifrar por su medio los secretos de la naturaleza. Los Egipcios pretendian hacer creer que habian hecho (*) tantos progresos en ella, que habian hallado el modo de convertir un metal en otro. Se jactaban de convertir los metales en oro, dando esto por motivo de las grandes riquezas que poseian. Esta era una jactancia que probaba mas el caso que hacian de la Química, que su habilidad en esta ciencia.

Lo cierto es que en el primer siglo de la Era christiana se sabia sacar por sublimacion el mercurio del cinabro, cuyo conocimiento conduxo á otros mas importantes. Los Arabes hicieron tantos progresos en ella, que se les consideró como á sus inventores. Ellos enseñaron á hacer el aguardiente, el espíritu de vino y todos los licores espirituosos. Creyéndose con esto poseedores absolutos de una ciencia universal, se llenaron de orgullo, cubrieron sus operaciones con un velo misterioso, afectaban obscuridad en sus palabras, y en una palabra se hicieron unos charlatanes. En fin, como dice Fontenelle, un poco de cierto estaba disuelto en una tan gran porcion de falso que se habia hecho invisible, y ambas casi inseparables.

En este estado se hallaba la Química por el siglo 12. Un Médico llamado *Arnaldo de Villanueva* fue el primero que la inventó. Halló el acyete de terebinto, sacó el espíritu de vino, y habiendo observado que éste era susceptible del olor y gusto de todos los vegetales, compuso muchos licores y aguas de olor, por cuyo medio hizo servir la Química á la medicina.

Siguiendo el exemplo de este un Benedictino llamado *Basilio Valentin*, descubrió varios remedios utiles, y enriqueció la Medicina con algunas preparaciones del antimonio, y fue el primero que aconsejó el usarle interiormente, uso que (segun se dice) le debió á la casualidad. En este mismo tiempo *Raymundo Lullo* Mallorquin escribió varias obras de Química.

Los dos hermanos llamados *Isaac*, Holandeses, hicieron varios progresos en la Química. Estos construyeron nuevos hornillos é instrumentos químicos, descubrieron el arte de esmaltar, y colorar el vidrio: enseñaron todo lo que corresponde á la fusion, separation y preparacion de los metales; y así de otras cosas no poco utiles; no obstante en todas sus obras se descubria un velo misterioso y afectado.

En este estado estaba la Química, quando nació el presente filósofo. Llamabase *Teofrasto Paracelso*, que nació en Einselden en la Suiza en 1493, cuyo padre era hijo natural del gran Maestro del Orden Teutónico. Este tenia gran gusto por la Química, el que comunicó á su hijo. Estudió éste con el Abad *Therhemio*, que le enseñó su arte caba-

(*) En un breve discurso se tratará aparte de lo que se dice de la invencion de la Química.

listico, y de quien aprendió el amor á lo maravilloso, que conservó toda su vida. Contentóse con aprender de él algunos secretos, y fue á instruirse con *Segismundo Fuggier* famoso químico de aquellos tiempos; pero de quien no quedó satisfecho. Siempre inquieto y siempre curioso quiso conocer á los mejores maestros del mundo; para lo qual corrió la Francia, España, Portugal, Inglaterra, Prusia, Polonia y Ungría, consultando á todos los sabios que encontraba.

Fueron tantos los conocimientos que adquirió con estos viajes, que ya se creyó un hombre extraordinario. Hizo el Mágico, y tanto por sus secretos como por sus promesas llegó á persuadir que lo era en efecto. Pensaron que tenía un demonio familiar; otras veces se vendía por un teólogo inspirado; y otras veces se llamaba el reformador de la Medicina. Jactabase de conocer brevemente todas las enfermedades, y tener remedios para todas. En fin afectaba en todo una pura charlatanería, que ofendía mucho á los conocimientos humanos. Estando en Alemania fue hecho prisionero por los Tartaros, que le condujeron al *Cham*. Este Príncipe le llevó consigo á Constantino-*plá*, en donde dice que había aprendido el secreto de la piedra filosofal. Siguió sus exercicios en calidad de Médico, y luego que volvió á su patria, pensó en arreglar sus ideas sobre la Química y la Medicina.

Habiendole ganado los Magistrados de Bale, para que enseñase la Medicina en su Ciudad, se llamó el Doctor de los Doctores. A la primera leccion que dió, hizo quemar las obras de *Galeno* y de *Avicena*, y dirigiendose despues á los Médicos y sabios, les dixo: *Sabed que mi bonete es mas sabio que vosotros, y que mi barba tiene mas experiencia que vuestras Academias*. Despues protestó á sus oyentes el darles la inmortalidad por sus medicamentos químicos. Aunque los efectos no verificaron todas sus promesas, hizo varias curaciones pasmosas,

principalmente en el mal venéreo que comenzaba entonces á hacer un grande estrago.

Todo esto le atraxo un gran número de discipulos. Explicaba sus propias obras, y con especialidad sus tratados de *composicionibus*, de *gradibus*, et de *Tartaro*, libros llenos de vagatelas y de poca substancia. Su modo de explicar era obscuro, de modo que esto junto con las persecuciones de sus enemigos le causaron el disgusto universal, y que nadie acudiese á oírle.

Trabajando en la Química, halló el oro potable por medio de una sal que sacaba del vino y de su espíritu, que llamaba *sal de los filósofos*. Esta sirve para calcinar el oro, piedras, las perlas y el coral, y quando está junto con el oro en hojuela, y mezclado con la quinta esencia del espíritu de vino, sacado por su sabia manipulación, resuelve el oro en un licor de color de sangre, que es el verdadero oro potable. *Paracelso* pudiera haber sido mas útil á la especie humana, si se hubiera dedicado unicamente á esta ciencia; pero su genio fogoso y alborotado le induxo hasta imaginar un nuevo sistema de Religión.

Siguiendo sus trabajos químicos, quiso sacar el primer ser de las plantas, con lo que creía que el hombre sería inmortal. Sacaba tambien los primeros seres de los animales, piedras preciosas, azufres y betunes, cada una de las cuales creía que debería hacer milagros. Creía además que las semillas de todas las cosas existían desde la creacion del mundo; y deducía de aqui que se podrian engendrar hombres sin el concurso de los dos sexos. Hizo varias experiencias sobre los metales, animales y vegetales; pero jamas quiso comunicar sus descubrimientos. Quería pasar por Mágico, y este papel hace en todos sus escritos. Combatió las qualidades aristotélicas, y declamó fuertemente contra Aristóteles.

De este modo compuso 230. Trata-

dos todos imperfectos. Así en una obra suya intitulada *Archidoxa Medicina*, donde quiere exponer los principios de este arte, pone estas palabras. Yo habia resuelto dar los 10 libros de la Archidoxa; pero he reservado el decimo en mi cabeza; este es un tesoro, que los hombres no son dignos de poseer, y no saldrá hasta que hayan abjurado á Aristóteles, Avicena y Galeno, y prometido una total sumision á solo Paracelso. ¡Que mayor ridiculéz!

Otro remedio que descubrió y que merece ser conocido, es un *elixir* hecho con quatro onzas de mitra de Alexandria, aliós hepático, y azafran oriental humedecido con buen espíritu de vino alkalizado, mezclado con azufre rectificado, y sacado por una manipulación muy sabia. Este *elixir* que Paracelso llama el *balsamo de los ancianos*, es el que es conocido con el nombre de *elixir de propiedad*, el qual sirve para dar calor á las partes débiles, y las preserva de la putrefaccion. Tiene asimismo la virtud conservatriz, principalmente para los quinquagenarios ó sexagenarios.

En estos trabajos le asaltó la muerte en Saltzbourg en 1541. á la edad de 48 años. Este filósofo tenia el genio altanero y desigual: pasaba ligeramente del estudio á la embriaguez, y se entregaba á uno y á otro con exceso. Ya hemos dicho que ponía estudio en parecer Mágico, y aun decía que sin ello no se podía ser buen físico; y queria hacer creer que poseia el secreto de la piedra filosofal.

Las virtudes de su corazón no obstante eran amables: era liberal en extremo, y no era amigo de mugeres, antes se dice que las tenia aversión.

Se debe á Paracelso el arte de preparar los medicamentos por medio de la Química: el de la Química metálica; el conocimiento de las propiedades del opio y del mercurio; y el de los tres principios, á saber la sal, el azufre y el mercurio, que *Basilio Valentiá* no ha-

bia hecho mas que indicar. Publicó las verdaderas máximas de la Medicina y escribió sobre la cirugía con bastante conocimiento.

El Canciller Bacon le acusa de haber hecho mentir muchas veces á la experiencia, y de no querer oír su voz, imaginando sus respuestas; sin embargo confiesa que sus principios están fundados en la naturaleza, y que se pueden sacar de ella muchas ventajas. En fin Paracelso ha verificado aquella máxima moral: *Nullum magnum ingenium sine mixtura demantia*.

Se ha dado al presente lugar en este periódico á la carta siguiente, porque parece que tiene mérito, y que lo exigen las actuales circunstancias. Se debe entender sin embargo que no tomamos parte en sus disputas: estimamos el mérito así de los tres como de Don Yo. Como se publica ésta, se publicarán las impugnaciones, si vinieran, con tal que lo mereciesen. El Correo guarda y guardará toda cortesía al Diario, así como nos desentendemos de todos los tiros tan ridiculos como mordaces que se han estampado.

Señores Correistas: allá va Don Yo á decir á vms. que ya salió aquellos ya salieron aquellos tres cartas tan careadas, de que habia oído hablar de incógnito tantas veces, y con las qualés habrán tenido tres días de carnestolendas. Mas no crean que vengo ahora haciendo el Manolo que tira la capa, poné el brazo izquierdo en jarras, y con el puño derecho cerrado espera ocasion para arrojarse sobre su contrario á cachetes, ni picado tanto como mi espuela picó á tales caballeros: tengo una paz mayor que la de Octaviano, y unos oídos hechos á oír porquerías; con que si me espontará de tales cosas? En tin para que Vms. vean que me han servido de diversion, vaya de cuento

Ante todo, repito lo que dixé en el número pasado, que Don Yo no es Pons ni nadie conocido hasta ahora,

sino un nuevo ente, que ha salido, por que ha salido, y no salió antes porque no salió. Esto supuesto vamos á las cartas.

Habia estado fuera de Madrid unos quantos dias, quando el martes 2 por la mañana estando tomando chocolate, entró un amigo zumbandome con las cartas; y que para excusar preámbulos comenzó á leerme las una por una: leyó la primera, y al ver que el primer atleta, que se presentaba era *Cacea*, no pude menos de decir: inocentada tendrémos. Prohibiome el lector el que repliase hasta acabar de leer, y así que lo hubo hecho, me preguntó ¿qué tal? Famosa, le dixé, ¿quién podia esperar menos de tan inmortal ingenio? Sojo si me parece que hace el papel de un semímimo del primer duende de la cueva, porque hay latines á trompon, que saltan desde luego como granizo en albarda. Fuera chuscadas, y responde vmd. serio, me replicó el amigo. Pues, Señor, le dixé, no hay seriedad que valga: dígame (pues le conoce) que busque un maestro, como no ha muchos años que le buscó, para que le enseñase la poesia, que le dé algunas lecciones de lengua castellana, porque el pobrete habla en gerigonza. Que toda su carta tiene una lógica peor que la que estudió, si acaso llegó á aprenderla, pues confundé á Don Yo con P... y le dice que haga, quando hace mas que él: que si quiere volver el Correo, se le entregarán de mi orden los 6 quartos en la librería, para que refocile sus exhaustas narices, bien que con el medio duro que habrá tomado por la carta, (precio excesivo para tal trabajo) podrá comprar su quarteroncito. En fin que en quanto ha dicho no ha dicho nada sino desatinos, como que el cachito de historia viene tan á pto como un cascabel en un entierro, pues ni el ni ninguno de sus concólegas son hombres grandes, ni yo soy Zoýlo. La fecha tambien debiera estar de la venta sita 400 leguas antes de llegar á la casa de las ciencias, y en fin

que no habiendo dicho nada ni probado maldita la cosa, pudiera haber excusado el gastar mas papel á proporcion que mis siete columnas. Ultimamente que si quiere que á sus escritos se les exámine de doctrina, lo haré gustoso con el *Guevara* al lado, y saldrá lo que salgare. He extrañado sin embargo que no baya salido con la firma de Don Vos, como se decia, pues esto era decir *vaca omnia sunt*, que era una eterna verdad. Pasémos á la 2, de Guerrero.

Comenzó mi amigo por leer unos versos tales, que yo le dixé; alcanceme vmd. aquella pantómetra, los medirémos. Que pantómetra, ni que diablo, dixo el lector si son perversos; pues prosiga vmd. (le dixé) que no son esos los primeros que ha hecho. Leyóla toda, y luego que concluyó, dixé, pero acaba ahí? Aquí solo dice: *Mañana &c.* ¿Con que eso es decir que ese caballero ni defiende sus sonetos, ni las letrillas criticadas? Nada menos, todo menos eso; pero para eso le llama á vmd. *vicho*, crédito de fonda, zoquete, borrico, tira coces y otras cosas tan graciosas como suyas ¿qué responde vmd.? Eso es cuento, le dixé yo; Guerrero no puede hablar así, ni tirar de ese modo tan ridículo ni á mi ni á M. pero si lo es, como parece, vaya esa copia:

Por chismes que levantan
á gente honesta.
Juana me llama z....
mas z.... es ella.

No puede menos de que sea uno de los duendes tertuliantes, pues tan á la letra observa la prevencion del Presidente. Bien decia la abuela de Don Lucas que quien mal pleyto tiene á barato lo mete. ¿Porque eche desvergüenzas se vindica de la clase de mal poeta? ¿El llamar zoquete á Don Yo, y darle por maestros á él y á *Cacea*, últimas casas del lugar, le saca mentiroso á Don Yo en quanto á criticar sus obras enunciadas? ¿Por qué el editor (que

fué) le pidiese la descripción, será bien hecha? ¿por qué levántase el Correo con sus décimas disparatadas, dexarán de ser disparates? ¿Todo lo que pone el Editor es bueno? ¿Feliz entonces el que escribiera en el Correo!

Lo que vale mas que todo aquel rasguito de qué ¿por qué no he hablado de jurisprudencia ni de medicina? porque no quise, y no quise, porque otros han hablado. ¿Qué sabe Vmd. si yo soy profesor Complutense si Vmd. lo es de Salamanca? Lo cierto es que de eso no se trataba, se trataba en el papel de hacer ver las obras, que algunos aunque sectarios del buen gusto publicaban tal vez en desdoro suyo, y la causa de que muchos no eran sectarios de él. Le criticó Don Yo las bellas letrillas y odas suyas como *la hermosura y gala de mi Mariene* y otras? Nada menos; le condenó por malos, perversos, fastidiosos é insípidos sus sonetos: *si yo fuera Editor, primeramente*, pieza despreciable sin gala, sin belleza y sin imágenes: el otro repentino á *Salas* lleno de equivoquillos frios con un concepto mal digerido y catorce versos secantes: unas *letrillas* preguntonas, apreciables solo para los que no sepan qué es poesia, porque ni allí hay pensamiento ni imitación, ni belleza, ni cosa que lo valga, y sino venga acá toda esa fantasía poética, esa superioridad genial, y hagame ver lo contrario. Esto es mas difícil que decir improperios: trabaje de buen gusto, haga buenas piezas, y yo seré el primero que se las alabe; pero entre tanto sepa que si quatro necios le han aplaudido su carta, los sabios todos la han despreciado; que en aquellos: no entra Don Yo ni el Editor, pero ni tampoco Guerrero. En fin el retrato que se supone hecho por Cacea, es admirable; mas no por lo que es, sino porque queriendo retratar á Don Yo, salieron Cacea y Guerrero los retratados. Mejor hubiera hecho el firmar Don Nos como decía, pues esto era decir: *Nescio omnino satisfacere*. Advierto por ul-

timo que ni uno ni otro han sabido hacer la impugnación, dexando el espíritu fueron á la corteza, y debiendo responder á Don Yo, han ido á poner defectos á la persona que se han ideado por no poder sacar bondad á sus escritos. Esto sí que es bien parado. A ambas cartas he respondido demasiado porque á tales no hay cosa mejor que lo que hace el perro, que es acosado de guzquillos que

*Alza la pata y los meas,
y prosigue su camino;*

porque como dice el sabio Cacea: *Aquila non capit muscas*. Esa carta sí que no hubiera pasado en el Correo. Vamos á la de Aleman y mas razonable de las tres.

Leyómela mi amigo; y me diverti un poco con ella, lo que me hizo probar á ver si hacia yo tambien coplas como las suyas. En efecto hecelas unas:

Muchos literatos
responden hoy día
con chachara y gresca;
con cartas vacias
y con improperios
á quien les criticas
*Buena va la danza
Doña Catalina.*

Vamos respondiendo, dixo mi amigo, que su carta le puede servir de vomitivo. Gracias á Dios, dixe yo, que logró en uno el intento que deseaba. Mi fin no fue el dar noticia de todas las ciencias, sino el indicar el mal gusto que se oponia á los adelantamientos del bueno, para ver si podia remediar el daño desengañados, los que (sin advertirlo tal vez) cometian semejantes faltas. Con que tome el señor Don Mi el vomitivo, vomite en buena hora el mal gusto de aquellas letrillas y cartas, que no era creible el ser partos de tal ingenio, ni de tal talento, y quede sola la finura la gracia, la jocosidad fina que tiene, y con que puede hacer útiles sus ojos. Dexose llevar del prope-

lillo que suelen dar los literarios charlatanes á sus producciones, y dexando lo bueno que sabia hacer, se junto á esta tropa con algunos papeles. Quando en los dos primeros tomos del *Correo* publicó sus festivas cartas la del cobre, el sueño y algunas otras semejantes, hizo unas piezas de gusto, loables y dignas de aprecio; pero la crítica á un cástel (bien impugnada por su respectivo Autor) y las enunciadas *letrillas* (por mas que las hayan celebrado los no inteligentes, han de ser apreciadas? Esa es la época de que el *Correo* comenzó á ver á Don Mi de semejante partido, esto es, de la irrupcion que otros habian hecho en él con sus vanas producciones. Dexe, pues, ese rumbo tan ageno de su talento como de lo bueno, viva su gracia y empleese, no en hacer *letrillas como las indicadas*, no cartas como la dicha, sino como sabe, si quiere. Sean sus ocios como los de Leon, de *Rebolledo*, de *Cadahalso*, que ya sabemos que no es su oficio este; pero tambien se sabe que esa no es disculpa para el Público.

Me desentendiendo absolutamente de aquello de la crianza; basta lo que dixé dias pasados, que doy por repetido. Confieso que la A. y G. estuvieron mal puestas, las retrato, quiero que se borren, y digo tambien que si el término de *charlatanes* ha chocado tanto en mi carta hay personas y papeles tales. El vestido aquel primero no se ha costado para Don Mi; en quanto á los papeles, sino se deben llamar así, denles otro nombre, con tal que no se los llame buenos. Esto sin embargo no toca ni es mi ánimo que toque á las personas; Don Mi es (vuelvo á decirlo) de ingenio, de talento, instruido y sabio profesor en su exercicio; pero no puedo menos de dar por no buenos aquellos versos que estampó. Sean celebrados del pueblo; pero no he hallado hasta ahora ningun sabio que los celebre; y supuesto que su carta concluye con *Arroyal*, yo lo haré con este di-
de *Urtate*:

Lleve para su regalo
esta sentencia un autor;

si el sabio no aprueba, malo;
si el necio aplaude peor.

Ya ven Vms. señores que no he hecho detalle de las cartas, porque no lo he tenido por conveniente. Siento el haberme alargado; tengo la satisfaccion que si mi papel chocó á los tres, otros le han celebrado y nada inferiores á los criticantes. No crean sin embargo que quiero ni he querido ajar á nadie, y detesto qualquiera expresion que pueda servir para ello: lo que haré si será el no volver á responder á los tres sobre este asunto; si quieren arguirme denme en la cara con unas obras de gusto, buenas y estimables, yo les celebraré, alcanzarán el honor que merecen, y serán útiles á la Nacion; pero no con lo que han hecho al presente.

Así á los tres como á todos Vms. B.
L. M. S. S. S. Dou Yo.

De los Centumviros Romanos.

Estos Magistrados eran sacados de cada tribu, tres de cada una, de suerte que ellos eran realmente los, lo que no obstaba para que se les diese el nombre de *Centumviros*. Estos jueces administraban justicia en las causas mas importantes, quando se trataba de cuestiones de derecho y no de hecho y sobre todo en la pretension de herencias, quejas de testamento inoficioso y otras materias semejantes. Los juicios nada tenían de comun con los de los demas; sino que tenían una cierta forma que les era peculiar. Además estaban sentados sobre escaños, quando los otros solo lo estaban en bancos. No habia apelacion de sus sentencias porque este era como el consejo de todo el pueblo. Parece que fueron creados en el año de 519. de la fundacion de Roma poco mas ó menos, quando el pueblo fue repartido por la primera vez en 135. tribus.

Sin embargo despues del reinado de Augusto llegó á ser este cuerpo mas numeroso, y por lo ordinario llegaba has-

ta 180. Los cuales estaban divididos en quatro aposentos ó tribunales. Los Decemvros eran los que por orden del Pretor juntaban á estos Magistrados para administrar justicia. Los Decemvros aunque eran unos ministros subalternos, eran del Consejo del Pretor, y tenían cierta especie de preeminencia sobre algunos, de los cuales cinco eran Senadores y cinco Caballeros. El Pretor urbano presidia el juicio de los Centumvros, y tenía, digamoslo así, la balanza entre los quatro tribunales. El lugar donde se juntaban eran las Basílicas, las cuales eran unos edificios magníficos, en donde estaba depositada una lanza para señal de jurisdicción, de lo que viene que se decía *hasta-judicium* por un juicio de Centumvros. Los Decemvros eran los que recogían los votos, y esto era lo que se llamaba *hastam cogere*.

Quintiliano nos dice que en su tiempo considerándose los Centumvros como jueces considerables, querían que los infames que se hacían ante ellos fuesen trabajados con gran cuidado, pues lo contrario se juzgaba como una especie de desprecio hacia ellos.

Anecdota. Clara Clemencia de Maili Duquesa de *Eguilea* era una muger sumamente bella, pero tan discreta como hermosa. Estando hablando con ella un día un Religioso, la dixo que no había visto muger ni mas hermosa ni mas discreta; pero ella aguda le respondió: *Padre, en lo de hermosa no tiene voto, porque es Religioso; en lo de discreta tampoco, porque no tiene por hermosa.*

Bien sabido es que Pedro el Czar consiguió una victoria completa sobre Carlos XII. junto á Pultova en 1709. y que hizo prisioneros muchos oficiales Suecos y entre ellos al General Renchild. Llevólos á su campo, y los convidó á comer en aquel mismo día. Extrañándose el Czar durante la comida de que se hubiesen atrevido á sitiar á Pultova, Renchild respondió: *Señor nosotros siempre hemos obedecido las órdenes de nuestro Soberano sin contradecirle jamas.* Volviendo-

se entonces Pedro á los suyos, les dixo: *Veid aquí como se ha de servir á un Soberano; y tomando un vaso, dixo: Brindo á la salud de mis Maestros en el arte de la guerra. ¿ Quiénes merecen tan honroso título? preguntaron los prisioneros: Vosotros los Señores Generales Suecos: Pues á fe,* dixo Renchild, *que podía V. M. no haber maltratado tanto á sus Maestros.* El Czar les trató con la mayor bondad,

La siguiente égloga podrá merecer á nuestro juicio el aplauso de los instruidos. Reyna en ella la propiedad y el decoro parte tan principal en esta especie de poesia, con bastante pureza y hermosura de estilo. Imita con gala los mejores bucólicos latinos y españoles, haciéndose propios varios pensamientos excelentes de estos. El pastor apasionado se eleva con bastante propiedad, y concluye con una imitación feliz. El joven autor de ella muestra que conoce el gusto bello de la verdadera poesia. Será apreciable el que continde.

EGLOGA.

Con lento paso corre Manzanares
por un lugar oculto y escondido
dorado de mil dones singulares
que á la naturaleza le ha debido:
aquí Silvio oprimido de pesares
y de sus mismas ansias conducido
tan tristemente su dolor sentía,
que los peñascos á piedada movía.

Fixos los ojos en el alto Cielo
de su rigor severo se quejaba,
é inundando con lágrimas el suelo,
del rio la corriente acrecentaba;
pero por mas que con ardiente anhelo
mitigar sus rigores procuraba,
le hacia su dolor cada momento
víctima mas y mas de su tormento.

Acuerdome de un día que sentado
al pie de un roble pálido el semblante,
su cuerpo macilento y congojado,
su vista toda trémula y errante,
en una peña el brazo reclinado,
ayes lanzando de su pecho amante

con voz triste y envuelta en tierno

llanto,

asi fió á los vientos su quebranto.

Desde aquel infeliz terrible dia
que fue de mis alientos el postrero,

en que con exécrable tiranía
me abandonó mi dueño verdadero,
desde entonces huyóse mi alegría,
y aunque no hubiese luido, no la
quiero,

porque si tal fortuna fue perdida
¿para qué sufrir ya mi triste vida?

Yo que me vi colmado de favores
y en apacibles dichas sumergido

¿podré sufrir los barbaros rigores
que oprimen á mi espíritu afligido?

¿otras horas mas dulces y mejores
podrán volverme el bien que ya he

perdido?

pues si ya mi desdicha es conocida
¿para qué sufrir ya mi triste vida?

¿Será razon vivir ante los ojos
de quien se alegra en verme desprec-

ciado?

¿sufiré los tiránicos enojos
con que mi triste fin ha decretado?

¿quien de ella consiguió tantos des-
pojos,

de ella podrá mirarse abandonado?

¡ah! bien dice mi pena repetida:
¿para qué sufrir ya mi triste vida?

¿Para qué sufrir vida tan amarga,
vida anegada en tanto desconsuelo,

vida tan triste, congojosa y larga,
vida que solo es causa de desvelo,

vida que es para mí pesada carga,
mientras me cubra con el mortal velo?

y si acierta quien muerta la ape-
llida,

¿para qué sufrir ya mi triste vida?

Ingrata Filis, Filis inhumana,
mas que la dura pena incontrastable,

mas feroz y cruel que tigre hircana,
mas que el ligero zéfiro mudable:

tu fiera condicion dura y tirana,
principio de mi suerte lamentable,

hace decir á mi alma combatida
¿para qué sufrir ya tan triste vida?

Yo te juzgaba, Filis, mas constante,
yo mas constante, Filis, te creia,

mas; ay! que eran discursos de un
amante,

que en vivo ardor por tu belleza ardia;

pues quando me pensaba ya triunfante;

quando mi dicha próxima veía,
tú alteraste mi paz apetecida:::

¿para qué sufrir ya mi triste vida?

Si golpe tan cruel me preparabas,
qual no es bastante á resistir mi pecho,

si ayrada contra mí te conjurabas
y en mí saciar querias tu despecho

¿por qué fidelidades me jurabas?

¿por qué ocultaste la que luego has
hecho?

¡O ninfa por ingrata conocida!

¿para qué sufrir ya mi triste vida?

Tantas bellas pastoras que pudiera
por testigos citar de tu inconstancia,

que en esta misma plácida rivera
vieron qual me jurabas tu constancia,

¿no ablandarán tu condicion severa?

¿no amansarán tu barbara arrogancia?

¡O Filis, mas que piedra endurecida!

¿para qué sufrir ya mi triste vida?

¡Ah! bien me lo decia la corneja,
escondida en el álamo empinado,

bien me anunciaba con su triste queja
el mal que me tenias preparado.

Huyese el bien, todo placer se aleja,
y la fortuna en que me vi elevado

solo por tu rigor es destruida
¿para qué sufrir ya mi triste vida?

Quiero morir, sí, quiero, que no
es dable

que á persona tan triste y desdichada
mantenga ya este prado miserable,

esta tierra en mi daño conjurada:
mi desgraciada suerte lamentable

será de mis amigos bien llorada,
mas supuesto que Filis ya me olvidó

¿para qué sufrir ya mi triste vida?

Bien dilatara su amoroso canto
el infeliz pastor aborrecido

si la dura violencia del quebranto
no apagára su voz y su sonido:

creciendo el rio de su amargo llanto
y perdiendo la fuerza y el sentido

esparcido en sus venas frio yelo,
quedó tendido sobre el verde suelo.

Dalmiro. A. S.